

que, en un texto específico de carácter científico, las combinaciones de una palabra como "tiempo" son no-idiomáticas y supra-nacionales, en tanto que las combinaciones idiomáticas aparecen —en cuanto específicas— principalmente en el lenguaje coloquial cotidiano.

La misma autora señala que por "textos científicos" entiende en relación con su propósito actual— los tratados filosóficos escritos en las principales lenguas europeas. En ellos pudo observar que, a pesar de que las palabras "*vre-mia*", "*time*", "*Zeit*", "*temps*" se usaban en diferentes libros, la cosa-significada (el referente) era claramente el mismo para todos pues se trataba de las categorías principales o básicas, de carácter filosófico. Este significado de las palabras respectivas se describió como una expresión del "continuum temporal" y como categoría filosófica: ese "tiempo" no se segmenta en porciones; o sea, que nunca es discreto.

En contraste con la literatura filosófica (y con el uso científico de la palabra) en el habla diaria, por lo general, se considera que "tiempo" es algo que está constituido por ciertos segmentos; que es discreto. Esta es, según Kruglova, la diferencia principal entre los significados científico y no-científico de la palabra investigada.

Mientras que el uso de la palabra para denotar la categoría filosófica se describió como "supranacional", el empleo diario de la palabra se consideró como específico e idiomático. Eso no sólo significa que en el lenguaje cotidiano la palabra aparece en diferentes combinaciones idiomáticas sino, también, que en los usos peculiares que hacen los diversos idiomas de las palabras "*time*", "*Zeit*", "*temps*", se reflejan las actitudes de la comunidad que habla el idioma respectivo frente a la cosa significada. Así, por ejemplo, el hecho de que en inglés "*time is money*", "*to waste time*",

"*to gain time*" o "*to save time*" etc. sean expresiones que se usan con tanta frecuencia, muestra que el angloparlante moderno contrasta con el hopi descrito por Benjamin L. Whorf pues considera que el tiempo es algo mensurable y valioso.

Oscar Uribe Villegas

Christina Bratt Paulston: "Del dilema moral de un especialista en sociolingüística." *América Indígena*. Vol. XXXIII. No. 1. Enero-marzo de 1973.

Una llamada de atención del maestro Lucio Mendieta y Núñez nos hizo conocer este artículo relacionado con uno de los núcleos de nuestras preocupaciones actuales: la sociolingüística. Eso nos permitió conocer a una estudiosa de quien ya teníamos previa y vaga referencia en cuanto autora de un libro sobre historia de la política lingüística en México, de próxima publicación.

Aún antes de leer el artículo, y sin conocer el libro, nuestra reacción fue de bienvenida para Bratt Paulston a la pequeña comunidad sociolingüística tan necesitada de inquietudes y aportaciones. Después de conocer el artículo, nos la representamos como alguien capaz de sufrir una crisis moral, de intentar rebasarla por medios intelectuales... y no conseguirlo, tal vez por la misma proximidad del estímulo crítico; quizás porque su formación no es esencialmente teórica; tal porque —sin saberlo y no queriéndolo— sigue siendo espiritualmente extranjera; extraña a las finalidades que se proponen las naciones y las comunidades hablantes a las que, de buena fe, pero con *ethos* ajeno, trata de servir.

Su artículo, en este sentido, si bien puede considerarse bien intencionado, no es iluminador y sí, en cambio, ayuda a la confusión en la que nos encontramos

por la acción convergente de los ingenuos, de los ignorantes, de los "listos" (o aprovechados) y de los malvados.

No es raro que en una reunión científica estadounidense como la que ella menciona (reunión de tal patrocinio o inspiración con tutorada participación latinoamericaná: "Padres míos, ¿qué debemos hacer?") rasguen la calma el relámpago y el trueno de las inevitables implicaciones valorativas, emocionales, voluntaristas, ideológicas... No es raro que ocurra incluso en un momento tan tardío como éste, en que, fuera de ese ámbito, la balanza se ha inclinado ya en el otro sentido: en el que reconoce si no la impracticabilidad, sí la dificultad de practicar una ciencia "químicamente pura" y que, en último término, acepta también, que, aun en caso de ser practicable esa ciencia avalorativa, quizás no sea tan deseable, en cuanto —por lo menos ahora— resulta inservible para la humanidad.

En efecto, no sólo en sociología es la "neutralidad valorativa" un serio motivo de dudas; no sólo en politicología se ha rechazado ya el supuesto tramonto de las ideologías con que quisieron ilusionarse o nos quisieron ilusionar algunos sociólogos estadounidenses... En efecto, no sólo se tiende a aceptar más y más la necesidad de una complementación de perspectivas precedida por un enfrentamiento dialéctico, que nos aproxime a la verdad, sino que incluso en disciplinas como la lingüística tan aséptica aparentemente— se acepta ya, en la comunidad académica internacional y fuera de unos cuantos reductos del pasado, un enfoque evaluativo, reconstructivo y aun meliorativo, creador, en términos humanos.

Los pueblos "atrasados" del mundo (y quienes en ellos luchamos con limitaciones no sólo económicas sino también académicas que se nos imponen como medio de asegurar nuestra minusvalía) tenemos, en esto, una enorme ventaja frente a los pueblos "adelantados" de Europa

Occidental y Norteamérica, en cuanto nosotros ni hemos perdido de vista al hombre, ni hemos renunciado a sacarlo de la condición de paria en que actualmente vive, pasando por encima de los sofismas con que se nos quiere hacer creer que lo justo está, precisamente, del lado de la injusticia, y por encima de las suspicacias que se empeñan en vernos y en hacernos ver como agentes de un cambio aterradorante.

Christina Bratt Paulston se refiere a algunas de las posibilidades de una política lingüística explorables por Perú, en donde realiza su acción misional-académica, muy loable, en otro plano. Pero, basta recorrer las dos o tres que lista para percatarse de que ni siquiera intentos tan modestos y preliminares como los de nuestro "proyecto sociolingüístico" se conformaron con tan poco. Frente a un problema análogo, pero más complejo que el peruano (el mexicano) en lo que era mero planteamiento inicial de un trabajo agobiador (más por los prejuicios que tiene que enfrentar que por el volumen de materiales que *DESPUÉS* deberá manejar) mencionamos varias alternativas, y sin descender a infortunadas consideraciones de costo-rendimiento (que también tendrán su sitio, en su momento), asumimos una *postura* anclada en una *ideología* consciente y voluntariamente aceptada: ideología de irradiación humana (sobre la comunidad hispanohablante y a su través); nacionalista (que busca la integración del país mediante la constitución de su red de comunicación interna) y —no olvidarlo— de respeto sociocultural (de preservación y aun estímulo a las lenguas indígenas, no como se nos quiere hacer decir, porque sean objeto de museo o juguete de especialista, sino porque representan un medio de dignificación de seres humanos, y forman parte de la común herencia humana.

La solución es compleja (y no responde al *either-or* kierkegaardiano, a pesar

de nuestro respeto por el solitario de Dinamarca) como era compleja y desconcertante para algunos colegas, en Estocolmo, durante el Congreso de Defensa Social, nuestra opinión de que la alta tasa de suicidios sueca podría deberse *tanto* a condiciones climáticas (por vías social para no traicionar nuestra lealtad a la metodología durkheimiana) como a condiciones sociales: tanto a una especie de “histeria ártica” como la observada en Siberia, como a una modalidad del “*tedium vitae*” que se repite con innumerables variaciones en las sociedades “avanzadas”; a ambas (y quizás a otras más) y no a una sola de esas causas con exclusión de la otra; porque la “causalidad lineal” en sociología, y las “soluciones lineales” en política son —con expresión muy suave— ¡una puerilidad!

Nuestro empeño no puede servir de ejemplo a nadie, pues aún es insuficiente. No basta porque fue ejemplificativo y no exhaustivo; porque no partió de una rigurosa deducción para confrontar después los resultados de ésta con una bien machihembrada inducción de base fáctica; porque no se planteó, como debía, en términos tanto diacrónicos como sincrónicos; pero, aún así, algo tan modesto —modesto al extremo— apuntaba ya en un sentido muy distinto del marcado por el artículo de la señorita Bratt. Aún anclado como está lo nuestro en una ideología *EXPLÍCITA* (populista, en último término, y no elitista como alguien tratará de presentarla), su inspiración busca ser la de un estudioso que anhela servir socialmente y no la de un simple prácticamente enraizado, pero también frecuentemente prisionero de la pura empiria y de su ubicación social (especie a la que, con todo, no queremos creer pertenecer a Bratt Paulston).

Lo que hay que considerar en éste, como en otros casos, ni es sólo el punto de vista del técnico desinteresado, o el del técnico que sólo defiende un interés egoís-

ta, desvinculado del grupo al que trata de servir o del que se sirve, ni es la postura sólo de ese grupo beneficiario que, si bien sabe lo que le conviene, no sabe *TODO* lo que le conviene y que, a veces —en su ignorancia— sacrifica lo remoto por lo próximo (la identidad cultural por la operatividad comunicativa), lo mejor en aras de lo bueno (que “cambia su primogenitura por un plato de lentejas” porque, al fin y al cabo, ni la lengua oficial se la enseñan *bien*). Lo que se necesita es la consulta del beneficiario de una acción política (como la que empujó a hacer Georgina Paulín de Siade al interrogar a algunos indígenas castellinizados) pero, también, lo que se requiere es la intervención del técnico identificado y comprometido con el grupo; identificado endopáticamente (en esto sí aplaudimos a Weber) con el beneficiario, para encontrar el sentido *latente* de su conducta; para ayudarlo mayéuticamente, como Sócrates a sus interlocutores, a hacer *patentes* sus necesidades y anhelos; para abrirle los ojos a una perspectiva racional más amplia y a un designio voluntarista que —de momento— es incapaz de descubrir por sí mismo.

Esto es así porque las ciencias sociales no pueden seguir aceptando la causalidad mancada que obra sólo del pasado hacia el presente y hacia el futuro, sino reconocer la existencia de otra forma de causalidad, complementaria, que actúa del futuro hacia el presente y el pasado; una causalidad que, quien no tema las “aguas profundas” de la filosofía y no abomine de los cambios que ponen en riesgo su propia seguridad, se sentirá autorizado a llamar “causalidad entelequial” pues a los pueblos, como a los individuos, los “causan” tanto lo que han sido como lo que se proponen ser (cf. las *idées-force* de Fouillé) y es esa causalidad entelequial la que hace que esos pueblos, guiados por caudillos, estadistas, promotores, agentes culturales, portado-

res de valores realicen en la historia su proyecto de vida nacional (proyecto "nacionalista" como diría Fishman, más que "nacionalista" que sería el término que asustara a Toynbee).

Hay en el artículo de Bratt Paulston simplificaciones que como hechas para asustar a las viejas solteras (y también a los solterones viejos enamorados no de un hispanoamericanismo fecundo sino de un hispanismo vacío y lunar). Nadie pide seriamente (fuera de unos pocos despistados que existen por doquier incluso entre quienes reviven cultos druidicos más que por su valor moral por su pintoresquismo esotérico) que según parece informar Bratt Paulston— "el quechúa sea el idioma oficial del Perú" (aunque, en buena metodología sociopolítica hubiera que comenzar por examinar *TAMBIÉN* una alternativa como ésta). En cambio, es legítimo propugnar tanto su conservación como su eventual desarrollo. Y nos da gusto saber por boca de ella misma que nuestro antiguo maestro Norman McQuown forma entre quienes aceptan la posibilidad de coexistencia de lenguas y culturas distintas (aunque no podamos aplaudir, por desconocerlas, las motivaciones que le hacen aceptar tal posibilidad y tal deseabilidad).

Por otra parte, si bien es una hipótesis por probar, científicamente aceptable; es moralmente criticable imputar sin más a un deseo de dominación criollo-mestiza, la falta de difusión del castellano entre los indígenas peruanos. Nosotros nos inclinamos a hacer imputaciones parecidas en México, pero, o nos abstuvimos de expresarlas o las rodeamos de innumerables calificaciones y limitaciones. Aquí, más que en otras áreas sociológicas, se revela desde muy pronto, lo equívoco de las conductas humanas y de las decisiones políticas. Algunas potencias colonizadoras de África, con ánimo liberal, trataron de introducir la ins-

trucción en *lengua indígena materna* como algo que consideraban *mejor* que la instrucción en *lengua extranjera*, sólo para recoger la reacción de los supuestos beneficiarios (Sithole: El Grito de África) que veían en ello (y que quizás preveían bien, pues en esto hubiera degenerado la decisión de los ideólogos de la pedagogía al llegar a manos de los administradores de la instrucción) un medio de brindarles una instrucción inferior a la metropolitana.

Con ello queremos decir que, como sociólogos y como sociolingüistas tendremos que ser cada vez más cautos para juzgar; más morosos para llegar a un juicio, y más específicos en nuestro intento de identificación de los actores del gran drama sociopolítico, así como de los verdaderos autores de algunos desaguisados que lamentamos. Así evitamos la postura del *dómine* y la del *fariseo*, porque reconoceremos que en el pecado de Bratt Paulston también hemos caído y tenemos que cuidarnos de caer en el futuro.

Frente al artículo de Bratt Paulston y a días apenas de otras lecturas sociolingüísticas, nos resulta claro que la experiencia de otros países multilingües es aleccionadora, en cuanto, si bien son unas las decisiones conscientes (incluso planeadas y planificadas) es la dinámica social la que produce coyunturas inesperadas, imprevisibles, ya porque las refuerce, ya porque las debilite (lo cual nos hace preguntarnos si ya se habrán olvidado en ciertos medios los tipos de causalidad social que nos enseñó a reconocer Mac Iver).

Estas y otras reflexiones nos hacen reconocer, no sólo que las ciencias sociopolíticas ni se pueden practicar con alegre desenfado ni se pueden refugiar en la cómoda aplicación de técnicas y manejo de algoritmos que libran al estudio de las crisis morales ("salario del miedo a errar moralmente" es el nuestro

más que del temor a usar un coeficiente de correlación por rangos cuando debiéramos usar uno pearsoniano)... nos hacen reconocer no sólo eso sino también que no se puede creer que una solución buena para un momento se puede seguir aplicando sin cambio en otro, pues siempre hay un punto crítico en el que la *misma solución* (en este espacio curvo de las conductas humanas) pasa del ámbito positivo al negativo. Pues, justamente es el mismo dinamismo político el que hace que el hombre se vea atacado, hoy, con las armas que ayer le sirvieron para defenderse; que la que es hoy su medicina, será mañana su veneno.

Enhorabuena que Bratt Paulston y otros se unan a la falange de preocupados por la sociolingüística; pero ojalá (quiera Dios) que tanto ellos como nosotros estemos dispuestos a rigorizar nuestros conceptos y a depurar nuestras decisiones, en vez de contribuir a hacerlos más confusos y más perjudiciales.

Y, estimada Christiana: ¡No nos eche en cara nuestro quijotismo, no sea que alguien le eche a usted en cara su pragmatismo! Nuevamente, bienvenida. Que lo valiente tampoco quita lo cortés.

Oscar Uribe Villegas

*Manifestaciones Armenias en el Mundo.* Texto de una exposición analítica hecha en la Academia Diplomática de Ankara. Enero de 1971.

En estos años, el concepto de "persona" parece estar a punto de naufragar, sumergido en el concepto de "miembro de un grupo social", burda simplificación de los legos en sociología que los estudiosos en esta materia *tienen* que repudiar. Se olvida, en efecto, que la membresía o afiliación a un grupo es *uno* de los elementos componentes de la personalidad, pero

que ésta no se agota en ella. En la práctica, esa ignorancia y la correspondiente actuación en términos simplificados, clasificatorios es la que hace que católicos y protestantes en Belfast se asesinen conservando su buena conciencia, sobre la base de tener una religión distinta y sin considerar que la persona concreta a la que matan *Ad majorem gloriam Dei* (!) pueda ser buena, bella, justa, sabia, y pueda ser también el mejor de los compañeros posibles (mejor incluso que los del propio grupo y de la misma religión) para la amistad y para el amor condenándola y ejecutándola —en país civilizado de *Rule of Law*— incluso antes de haberla juzgado.

Para los jóvenes de "Septiembre Negro" tampoco importaba la personalidad de cada uno de los deportistas israelitas a los que asesinaron en Munich; a buenos y malos por igual, por el solo hecho de caer en una clasificación sociológica (que quizás no era el elemento determinante o preponderante de su personalidad); a todos, llevados de una asesina manía clasificadora que no sabemos hasta dónde pueda llevarnos, puesto que, en última instancia, no hay ser humano que pertenezca absolutamente a todas las clasificaciones a las que yo pertenezco y, en tales condiciones, yo puedo sentirme "dueño" de la vida de todos los demás al tiempo en que todos y cada uno de ellos se sentirán "autorizados" a disponer de la mía.

La idea de que cada persona es distinta y de que a cada quien, independientemente del grupo al que pertenezca hay que juzgarle según sus méritos, desaparece incluso —de acuerdo con este burdo sociologismo— hasta para un armenio, "pensador religioso", avecinado en Los Ángeles, quien trayendo del Viejo al Nuevo Mundo antiguos odios asesinó al cónsul y al vicecónsul turcos (este último, joven excelente que iniciaba venturosamente su carrera) sin tener en cuen-